

APRECIACIONES SOBRE LA MUERTE
DEL PRELADO ARNULFO
ABAD DE RIPOLL Y OBISPO DE GERONA

Como tantas veces sucede, una fausta casualidad ocasionó el hallazgo de la piedra sepulcral de ese gran prelado del siglo x, de cuya sepultura siglos ha se había perdido la memoria. Motivaron ese hallazgo las importantes obras de reconstrucción de las antiguas torres y muros del recinto de nuestra catedral, exigidas por el Paseo Arqueológico.

Fue providencial que tan importante pieza viniera a manos del culto canónigo de este cabildo, Dr. Marqués, quien apreció en seguida su relevante valía. El Dr. Marqués publicó luego una extensa relación de las piezas descubiertas, en el n.º 44 de la prestigiosa «Revista de Gerona», correspondiente al tercer trimestre del año 1968. En este artículo dice el docto capitular que «el lienzo de muralla situado al norte del claustro y de la sacristía conservaba en su estructuras las almenas que antiguamente le dieron carácter, y el paso de ronda que lo comunicaba con el resto de la muralla. Pero probablemente a partir de la Guerra de Sucesión, en que aquel sector fue muy atacado, se realizaron importantes obras de restauración, con las cuales las almenas fueron cegadas . . . , el muro fue elevado para igualar su altura y recibir el tejado con su alero, y el paso de ronda fue incorporado al recinto catedralicio . . . Sin duda los fragmentos decorativos no utilizados en la bóveda (de la capilla de Nuestra Señora de la Esperanza) fueron después incorporados a la obra de elevación del muro contiguo a la torre Julia, donde ahora han sido descubiertos al restaurar las almenas y el paso de ronda de la muralla»¹.

¹ «Revista de Gerona», n.º 44 (1968) 3.

La importancia del hallazgo de dicha lápida sepulcral no le pasó inadvertida al ilustre articulista, quien dice de ella: «La pieza de mayor trascendencia histórica es el epitafio del obispo Arnulfo, que rigió esta sede entre los años 954 y 976»². Y aquí comienzan los datos equivocados, como demostraremos luego.

«El interés de la pieza — prosigue el docto articulista — radica en su antigüedad, pues cuenta ya casi mil años de existencia, y no menos en su rareza, dado que no abundan las inscripciones de aquellas fechas»³. Esa doble aseveración es de inconcusa certidumbre, y la suscribimos con gusto.

Pero dicha lápida, que nos ocupa, estaba faltada de un fragmento de forma triangular, como puede apreciarse a simple vista en la fotografía que publicó «Revista de Gerona». El docto comentarista la hizo completar, supliendo con escayola la parte que faltaba y grabando en lo suplido el texto deficiente según su apreciación personal, diciendo de este fragmento: «Afortunadamente, la parte mutilada de la inscripción no afecta a su substancia, y los datos que se echan en falta han podido ser restablecidos mediante el cotejo y los datos obrantes en la documentación escrita»⁴. No sabemos qué documentación consultó el ilustre canónigo, pero ciertamente aquí comenzaron sus errores.

Yo hacía muchos años, estudiada la documentación histórica de nuestro país en aquellos remotos tiempos, había escrito del gran prelado Arnulfo lo siguiente: «A quince de las kalendas de mayo del 970 moría el abad Arnulfo de Ripoll, obispo de Gerona, cerrando su fallecimiento un pontificado de quince años, siete meses y diecisiete días»⁵. De esto dice el ilustre escritor: «El hallazgo representará también una revelación para los historiadores, dado que todos los episcopologos y abaciológicos ponían la fecha del fallecimiento de este obispo en el año 970, tomándola de una nota inserta en un martirologio de la catedral de Gerona, que data del siglo XI»⁶. Ciertamente, la nota yo la tomé del docto cabiscol Riquer, quien la insertó, al parecer de su mano, entre las noticias necrológicas de personas importantes, con que enriqueció su có-

² Lugar citado, pág. 6.

³ Ibid., pág. 7.

⁴ Ibid.

⁵ J. MORERA, *Miscelánea*, pág. 149.

⁶ «Revista de Gerona», citada, pág. 7.

dice gerundense del Martirologio de Adón, copiado a fines del siglo XI. Lo que entonces no sabíamos era que la notación del tiempo del insigne pontificado no correspondía al buen recuerdo que éste había dejado en su sede, sino que los datos tomábanse directamente de la piedra funeraria, que en nuestra antigua catedral sería perfectamente conocida de su clero.

Habiendo Arnulfo conservado la dignidad abacial del monasterio de Ripoll hasta su muerte, unos versos del grande abad y obispo Oliba (así escribía él su nombre) podían hacer creer que tenía allí su sepultura. Dicen así ⁷:

EST HIC ET ARNULPHUS (H)ARUM QUI PRIMA DOMORUM
MOENIA CONSTRUXIT, PRIMUS FUNDAMINA IECIT,
SEDIS ET EGREGIAE PRAESUL RECTORQUE

Pero el P. Villanueva, diligente investigador de las notabilidades de aquel cenobio, dice no estar sepultado allí, ni saber dónde se encuentra su sepulcro ⁸. Lo cual no es de admirar, pues visitó nuestras iglesias a principios de siglo XIX, y sólo el reciente hallazgo de la losa sepulcral ha reavivado su recuerdo.

Pero el año 970 como el de su defunción está absolutamente fuera de toda duda. En efecto, Arnulfo debió dejar buen recuerdo de su paso por las dos dignidades eclesiásticas que ostentó, y siendo varón de gran cultura, influyó a través de ellas en la cultura de su patria. Nadie podía entonces sospechar que a su muerte había de sucederle en esta ilustre sede de Gerona un seglar, apoderado del trono episcopal sin tener carrera eclesiástica ni contar con elección canónica. Su caso fue una verdadera intrusión, que hubo de disgustar a los dignos gobernantes. El único, pero venerable documento que nos refiere este hecho es la Bula de su destitución, dada por el papa Juan XIII. Aunque para lograr éxito en su descabellado plan debió ser persona de cierta prestancia, la Bula de su destitución no ha conservado su nombre, contentándose con llamarle «neófito» porque como éste es novel en la fe, aquél lo fue en la carrera eclesiástica. Para poner remedio a este mal, que debió de causar grande perturbación y escándalo, fueron a Roma el Conde de Barcelona Borrell y el sabio obispo Attón de

⁷ LL. N. D'OLWER, libro citado, pág. 32.

⁸ VILLANUEVA, *Viage literario*, tomo XIII, pág. 62.

Vich, en cuya célebre escuela Gerberto d'Aurillac se estaría educando.

El papa destituyó al intruso *neófito*, y seguramente para evitar la repetición de casos tan lamentables, nombró provisor y gobernador de la diócesis de Gerona al obispo Attón, a quien además confirió la dignidad arzobispal con título de Tarragona, un par de siglos antes de la reconquista de esta sede. A las dos Bulas con tales objetivos, escritas sobre papiro, que existen originales en la catedral de Vich, se añadió otra para los obispos de la Marca Hispánica, para que reconocieran a Attón como su arzobispo. Quedaban, pues, nuestras iglesias desvinculadas de Narbona. Las tres Bulas son de enero del año 971; y restauradas en el Archivo Vaticano en 1926, su texto fue publicado por el sabio Pablo Kehr, director de los Museos Prusianos⁹.

Poco hubo de disfrutar el gran obispo Attón de las dignidades que le había conferido el papa Juan XIII, pues al pasar por Narbona, de regreso a su diócesis, en agosto del mismo año 971, pereció asesinado. Nuestros antiguos necrologios refieren concisamente su muerte el día 21 de agosto: «Obitus Attoni episcopi».

Vacante de nuevo la sede gerundense por su muerte, a fines del mismo año fue elegido canónicamente para sucederle en nuestra diócesis el conde de Besalú, Miró Bonfill, que era canónigo de Gerona hacía ya treinta años. Del mismo año 971 están documentados varios actos de su gestión episcopal. Del conde-obispo pudo Escribir el Padre Villanueva que su existencia como obispo de esta diócesis es cierta a fines del año 971¹⁰.

Igual conclusión se deduce del examen del abaciologio del monasterio de Ripoll. A su cuarto abad Arnulfo sucédele Guidisclo, según los versos del obispo y abad Oliba: «Quintus in hac aula Guidisclus praefuit abbas»¹¹, cuya gestión abacial ya nos ofrece documentos referentes a administración de bienes, a partir de la segunda mitad del año 970¹². Véase en p. 6 el texto, señalando con [] la parte reconstruida, tal como la publicó la «Revista de Gerona» en su número 44, página 4, grabado.

⁹ P. KEHR, *Die ältesten Papsturkunden Spaniens* (Berlín, 1926), documentos III, IV y V, págs. 41-47.

¹⁰ VILLANUEVA, *Viaje literario*, XIII, p. 70.

¹¹ N. D'OLWER, l. c., pág. 32.

¹² VILLANUEVA, l. c., pág. 61.

En el grabado, a simple vista se conoce la parte que falta en la lápida y su reconstrucción en escayola (piedra y texto). Y aquí está precisamente la causa del error cometido, pues aunque parece cierto que a la cifra romana del año 970 sigue un VI (seis) y después de él tres puntos, que suelen indicar frase completa, ni estos tres puntos están en su sitio propio, ni el seis ha de agregarse al 970. Bien conocía esas lecturas de fechas el cabiscol Riquer cuando leyó de otro modo. Pues sabido es que en las inscripciones antiguas no se puede hacer hincapié en determinados signos de puntuación, pues muchas veces eran introducidos por lapicidas ignorantes, que los ponían donde les parecía. Esa misma piedra sepulcral que nos ocupa ofrece varios ejemplos de ello.

Ahora bien, fue costumbre tanto en la alta como en la baja Edad Media, en razón de la mucha veneración en que fue tenida la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, anotar el viernes o feria sexta, cuando en ese día tenía lugar algún suceso importante. Eso solía expresarse con las grafías F^a VI^a o VI^a F^a, de lo que ofrecen repetidos ejemplos los documentos de aquellos tiempos. La diferencia de cómputo civil y eclesiástico de los días, atendiendo aquél a la duración natural y éste empezando en vísperas, daban mayor amplitud a la costumbre. En unos versos de un manuscrito de Ripoll, en loor del abad Bernardo, fallecido en 1102, se lee:

Illa dies testis, quae solvit foedera carnis,
Egrediens anima, sexta fuit feria¹².

No se contentó la costumbre con reducirse a los siglos medios; los rebasó y aún en nuestros tiempos se ofrecen ejemplos de ella, a imitación del pasado. Así en el recordatorio necrológico del último cardenal que murió en Toledo se lee: «Fue llamado por el Pastor Soberano a recibir el premio de sus obras, en la feria VI (5 de julio del año del Señor MCMLXVIII)» (1968).

Y precisamente en viernes, o feria sexta, cayó el XV de las kalendas de mayo (17 de abril de 970).

Damos a continuación la lectura de la lápida reconstruida, como la publicó «Revista de Gerona», núm. 44, pág. 7, cotejada con la parte auténtica de la que ostenta la piedra:

¹² N. D'OLWER, l. c., pág. 35.

[AN]NO DNICAE INCARNATIONIS D CCCC LXX VI:
 [XV K]AL. MADII SIC OBIIT ARNVLPVHVS ILLVS
 [TRISSIMV]S EPS. QUI REXIT PRAESENTEM ECCLM
 [PER ANNOS XXI ME]NSES VII DIES XVII

Al notar yo el error en que se había incurrido, el cual tergiversaba todo nuestro episcopologio de la segunda mitad del siglo x, me apresuré a escribir a vuela pluma un artículo, reponiendo las verdaderas fechas y descubriendo el error de donde procedía. El ilustre Dr. Marqués, que tuvo conocimiento del mismo, me indicó estar absolutamente conforme con mis precisiones, y prometiendo enmendar lo mal suplido en dicha lápida.

En dicha inscripción, los tres puntos que siguen al guarismo «VI» «seis» debían haber sido puestos antes, o sea luego del año 970, para que no se juntara con él, y la segunda línea debía empezar con F^a, es decir, *sexta feria*, o sea «viernes», día de la semana en que ocurrió el fallecimiento. El cabiscol Riquer, acostumbrado a copiar tales inscripciones, omitió sólo el día de la semana y copió lo demás del todo. Tengo por seguro que si un día se hallara el fragmento de lápida que falta, empezaría con la abreviatura de «*feria*», según hemos indicado.

Así, pues, sólo una letra de abreviatura (F^a), que falta en la lápida, por faltar el fragmento de la piedra donde estaba, es la verdadera clave de la inscripción, la cual debiera leerse:

✱ ANNO D(OMI)NICAE INCARNACIONIS : D CCCC LXX VI :
 F.^a XV KAL. MADII : SIC OBIT : ARNVLPVHVS ILLVS
 TRISSIMVS EPS : QUI REXIT PRESENTEM ECCLESIAM
 PER ANNOS XV MENSES VII DIES XVII

cuya traducción es como sigue:

En el año de la Encarnación del señor 970, sexta feria, a quince de las kalendas de mayo así murió el ilustrísimo Arnulfo obispo, que rigió la presente iglesia durante quince años, siete meses y diecisiete días

siendo el quince de las kalendas de mayo el diecisiete de abril del año 970.

† MONS. JOSÉ MORERA, PBRO.